

Milagros Frías
el *VERANO*
de la *Nutria*

Premio de Narrativa
Torrente Ballester 2009

algaida



© Milagros Frías, 2010
© Algaida Editores, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-422-1
Depósito legal: M-11.405-2010
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1. Cuervos a la vista	11
2. Seminario en la Sierra	25
3. La suerte esquivada	39
4. Vuelo nocturno	55
5. Adentrarse en el misterio	71
6. Luces que ciegan la noche	87
7. Tatuajes	107
8. Llegada a la isla	123
9. Modus vivendi	139
10. Transcurso del tiempo	155
11. Iryna	171
12. Llegada un velero	187
13. Atrapada en la red	207
14. En mitad de la nada	223
15. La salvación	241
16. Los valedores	259
17. La vuelta	281

*A Ramón, aprendices de
Tito Livio que somos*

1. CUERVOS A LA VISTA

La novela es la epopeya de un mundo dejado de la mano de Dios y el individuo solo se convierte en héroe cuando se ha vuelto problemático para sí mismo.

Teoría de la novela
LUKÀCS

MI VIDA ATRAVESABA UN PERIODO FECUNDO QUE no acababa de creerme. El trabajo en la agencia de traductores iba viento en popa, la relación con Nacho se consolidaba. Sentía una serenidad desconocida que me permitía tomarme las cosas con una filosofía que influía seguramente en que todo marchara bien.

En aquel entonces, ni sospechaba que el hombre con el que convivía y con el que me disponía a buscar un nido para la posteridad no tardaría en levantar el vuelo. Muy al contrario pensaba que había llegado el momento de hacer una parada en el camino para reanudarlo en compañía.

Nos conocíamos desde la adolescencia y podríamos haber seguido toda la vida como amigos o enamorarnos perdidamente, pero esto último no lo tenían previsto los hados. Lo nuestro fue un crepitar en la chimenea que deja la alfombra a salvo pero a poco que se atice el fuego se reaviva el rescoldo. Entre los dos hubo una camaradería que nunca se repetirá

con nadie. Podíamos hablar durante horas, mirarnos, entendernos. Sentir que no había nada más importante que exigiera nuestra atención. Me gustaba que sus ojos pequeños se clavaran en los míos, quedarnos juntos sin tocarnos un pelo.

Su recuerdo se perfila en la distancia y siento que su imagen está intacta en la retina. Un poco más alto que yo, apuesto más que guapo, delgado, menudo, nervioso y una simpatía contagiosa. Donde él estaba surgía un grupo y en el grupo ambos nos diluíamos como esas pompas de jabón que estallan espontáneamente.

Yo era muy guapa, sin falsa modestia que cuando uno se confiesa no valen trampas. Ahora tras una historia que me dispongo a recoger en todos sus detalles, me veo de otra manera. He cambiado tanto que más que unos cuantos años podrían haber pasado varios lustros.

He adelgazado, y me cuesta reconocermé en los escaparates cuando paseo entre la gente y veo una figura desvalida que me secunda los movimientos. Con el tiempo el candor se pierde y el rostro se transforma al margen de que se gane o se pierda peso. Lo sé. Pero no a la velocidad en la que el cambio se operó en mí y que alcanzó su cota más alta en una modificación interior que me convirtió en una persona diferente.

Pero vayamos por partes y no adelantemos acontecimientos, que los folios que siguen encauzarán este relato que escribo en el teclado de un ordenador que me resulta supersónico tras años sin catar uno.

Hablaba de Nacho, que por razones que el subconsciente calla aparece en la memoria como el punto de inflexión, pobre, que él no tuvo la culpa. Mi vida era anodi-

na, circular y previsible, pero de buenas a primeras todo se descompuso y recompuso en un encaje complicado. Determinar las piezas que se recolocaron originando un acueducto donde antes había una pasarela era una tarea ingente.

Y eso que la existencia no parecía reservarme sorpresas extraordinarias, pues me acercaba a la treintena y todo parecía determinado de antemano. La pareja, el trabajo, la casa y en su momento cuando lo decidiéramos los hijos. Nunca me había parado a pensar que el día a día absorbiera tanto que se pierda la perspectiva. Pero si pudiéramos observarnos en la distancia, como pude hacer yo, seguramente se nos caería el alma a los pies.

Esa distancia a la que me refiero, a cambio de la perspectiva que me permitió tener a posteriori fue una victoria pírrica. Dicen que lo que no mata nos hace más fuertes. Según se mire. Si me dieran a elegir elegiría quedarme como estaba, ser más débil y ahorrarme el sufrimiento de pelear por algo que me venía dado por el mero hecho de nacer en un lugar civilizado. Y lo de civilizado hay que entenderlo con matices. Pero los matices los tiene que poner cada uno según le vaya en la feria.

La ventaja es que he aprendido a valorar cada segundo de la existencia como un bien precioso que no es de libre disposición, o no eternamente. Entonces inmersa en ese día a día sin altibajos, en esa linealidad sin paliativos, la inercia era un motor que nos empujaba a Nacho y a mí al único futuro posible.

Creo que forzamos la relación y él compaginó planes a corto y a más largo plazo. En el primer tramo me situó a

mí, que erróneamente enmarqué sus actos en una pauta típica de pareja que se consolida.

Su silencio al respecto o mi ignorancia mantuvo intacta la ilusión de la monogamia, esa reliquia a la que algunas primates nos aferramos, *ma non troppo*. Mientras él ensayaba incursiones de *latin lover* salvando por poco el equilibrio de nuestra vida en común, yo hacía lo que podía con mi profesor de inglés secundando un coqueteo recíproco que nos halagaba, pero que por pereza no iba a más.

En esta época —lo percibo ahora, en una de esas raras oportunidades que da la vida de retomar las riendas—, nuestra frivolidad era insolente y divertida, tenía ese punto de levedad que imprime a la juventud la inexperiencia. No se ha sufrido y el dolor es una palabra de cinco letras muy socorrida en los crucigramas, no sale tanto como ilota o río gallego afluente del Sil pero de vez en cuando aparece y el saco que traemos desde el nacimiento para que se llene, se llenará con todas las combinaciones posibles de estas cinco letras que acabarán venciendo nuestras espaldas.

Ahí me encontraba yo, 28 años, a punto de grandes descubrimientos, aguzando el instinto de sabueso y con un desfase vital que no sabía muy bien cómo se administraba.

Me daba cuenta de que la juventud sería un paisaje de fondo en breve, eso decían todos los que me llevaban unos años de ventaja, pero notaba el amargo regusto de no estar sabiendo emplear las bazas a mi favor. Llevaba trabajando 8 años, con Nacho más de cuatro, pero ni el trabajo ni la pareja me colmaban y no sabía por qué. Era una ex-

pectativa de algo que no se cumple, una inercia que es imposible romper porque nadie espera que lo hagas y si lo haces decepcionarás a todo el mundo.

Entre tanto la normalidad seguía su curso y ambos nos comportábamos como amantes avezados que sientan las bases de una convivencia duradera, mientras asoman la cabeza por la gatera pues la puerta cerrada a cal y canto les asfixia. Yo al menos tenía esa sensación que pasó a un segundo plano cuando decidimos comprar casa.

Encontrarla resultó arduo pero la búsqueda nos mantuvo especialmente activos y alegres. Como si esa actividad que se salía de lo común nos fortaleciera y fuera un fin en sí misma. El consumo, con ese poder insospechado que tiene el gasto de apaciguarnos, es una hoja de doble filo que corta la cojas por donde la cojas y yo le tengo un miedo cerval. Pero comprar con Nacho era diferente, ni una duda ni un reproche. A su lado no había mala conciencia posible.

Por fin, en una urbanización relativamente céntrica descubrimos lo que buscábamos a un precio disuasivo que se nos fue de las manos. Un sábado por la mañana nos fuimos a ver la casa con mucha antelación a la hora fijada para la visita y poder así echar un vistazo a la zona. Recorrimos las calles adyacentes dando un paseo y nos pareció maravilloso vivir en pleno campo a un paso de la civilización.

Tomamos café en una tranquila cafetería junto a la iglesia y desde allí fuimos ampliando en círculos el radio de acción que, desde la espadaña hasta la línea fronteriza de la autovía y la Carretera de la playa, delineaba una aldea a lo

Asterix, exigua, sin servicios de ningún tipo y algo tribal, como comprobaríamos más adelante cuando la habitamos. Ni Correos ni ambulatorio ni autobuses ni metro ni aceras en zonas principales como la calle Costa Brava, que vertebraba media urbanización.

Cuando llegamos al edificio, el empleado de la constructora nos esperaba, y la visita fue definitiva porque el piso superaba todas las expectativas tras un año y pico de apretado programa de visitas por varios distritos de Madrid. Tuvimos que regatear duramente y conseguimos que lo rebajaran menos de lo que habríamos necesitado para no correr el riesgo de un estrangulamiento económico, pero lo suficiente para embarcarnos en una aventura que a punto estuvo de llevarme a pique. Y eso fue lo peor. Con Nacho pasábamos de conjugar los verbos en la primera persona del plural —comprábamos, nosotros— a hacerlo en la primera del singular —pagaba, yo— cuando las cosas se torcían. Ni más ni menos que como en esta ocasión.

Todavía estábamos en una fase en que el plural era la fórmula correcta, pero nos acercábamos a pasos agigantados al sujeto único. Tanto tiempo que tuvimos para decidirnos y fuimos a elegir el momento más inoportuno, cuando a punto de quedarme sola la responsabilidad sería mía enteramente.

A posteriori constatamos las carencias que a lo largo del paseo exhaustivo del primer día no vimos, entusiasmados con la calma y el sosiego que desprendían las calles, la arboleda, los jardines y, también, la casa. Al verla nos quedamos sin argumentos en contra. Luminosa, amplia y aun vacía era acogedora y bella. Uno de esos sitios en los que

jamás nos cansaríamos de vivir, dijimos y recitamos, como si hubiéramos ensayado, que allí no nos pesaría hacernos mayores, ni nos agobiarían los niños, ni maldeciríamos el alto precio del mantenimiento porque la buena vida es cara.

El vendedor nos convenció recitando a su vez que era una propiedad definitiva —propiedad, lo llamaba— para legar a los hijos y que hereden los nietos. Con la tercera generación ya no se comprometía —dijo riendo— que ya no estaremos para contarlo.

El dormitorio principal tenía baño exterior. Podríamos disponer de un despacho compartido, y la cocina y el salón eran armónicos e idóneos para distribuir el espacio en un solo ambiente o en varios.

Nada que ver con la casa de Álvarez de Castro donde vivimos un año parapetados tras el edificio que tapaba al nuestro. El dormitorio tenía una pequeña ventana que daba a aquel extraño vestíbulo exterior, y el comedor y la cocina a un patio lóbrego en el que las cañerías, las manchas de humedad y los trastos acumulados, eran la viva imagen de una fábrica abandonada.

Desde allá dentro el paisaje que se nos mostraba era un plano neutro e inmutable, una carta de ajuste que nos dejaba ayunos de espectáculos. No llegaba ni el eco de las estaciones, ni siquiera sus olores. La primavera pasaba sin pena ni gloria, y el verano. El otoño y el invierno eran más visibles por la falta de luz, por la humedad, por la tristeza que destilan los atardeceres que de septiembre a marzo se empeñan en vestir un hábito de estameña humilde y áspero que se cuele por rendijas y ventanas dejando constancia de un ciclo idóneo para la hibernación.

Hicimos cálculos, mis ahorros llegaron justitos para dar la entrada y Nacho se comprometió a incrementar su aportación mensual en un 10 por ciento, y nos vimos obligados a coger trabajo extra. Yo tendría que volver a las clases y a las traducciones de libros y él ampliaría el horario de la consulta privada.

Lo celebramos por todo lo alto y esa etapa fue de máxima felicidad. No hicimos una boda *ad hoc*, no hubo viaje de novios a una isla paradisíaca, pero recibimos a los amigos en una velada de inauguración que duró hasta las nueve del día siguiente. Suerte tuvimos que la mayoría de las viviendas no estuvieran ocupadas y que los vecinos de enfrente no se quejaran.

La primera noche dormimos en un dormitorio casi vacío, un canapé, un colchón y un par de sillas constituían todo el mobiliario. El armario vacío y las maletas sin deshacer a los pies de la cama, una bombilla colgaba escueta del techo y la persiana a medio bajar para que al hacerse de día la pátina umbrosa que entraría desde el jardín nos despertara. A la mañana siguiente, esa primera luz del amanecer nos pasó desapercibida y despertamos a las doce cuando el cartero llamó al azar para que alguien abriera la puerta de acceso al edificio.

Esa fue la primera vez que dormimos en la casa nueva y para los anales de nuestra historia particular nada extraordinario sucedió. Esa noche al acostarnos nos pesó como una losa la deuda contraída y mostramos juiciosamente una preocupación que llegaba tarde y que nos tendría que haber embargado al firmar los dichosos papeles con los plazos a los que nos comprometíamos; nos quisi-

mos calmosamente, sin alardes, que el montaje de los cuatro muebles que poblaban la casa nos había dejado baldados; nos dormimos profundamente y nos despertamos despavoridos y desubicados, con unos timbrazos que nos llevaron corriendo a la cocina para ver quién era en el video portero.

Durante unos días peregrinamos de habitación en habitación, de ventana en ventana, del jardín a la piscina, y de esta al portal para echar un vistazo a la fachada. Empezamos a desayunar sentados en el *office* y a cenar en la mesa grande del salón dispuesta para la ocasión, hasta que se nos pasó la novedad y recuperamos comportamientos más cómodos y rápidos.

Nuestras familias nos hicieron cuestionarnos la compra cuando ya no había vuelta atrás. Mi madre se llevaba las manos a la cabeza y mi suegra me culpaba por mis aires de grandeza, pero no imaginaron que fuéramos a cerrar la compra de la noche a la mañana sin darles tiempo a argumentar su oposición. Hasta mi hermana, que eufórica pareció darnos la razón porque la vivienda le encantó, lo estropeó al añadir, cuando supo que íbamos en serio, que estábamos locos.

Durante un tiempo el trabajo intensivo nos tuvo apartados del mundanal ruido. Desaparecimos tras las comidas de inauguración que se sucedieron prolijamente para cerrar a toda prisa el grifo que nos desangraba, y nos reclinamos en tareas estajanovistas bien remuneradas pero agotadoras.

¿Fue una época feliz? Lo fue. La infancia, la adolescencia, la entrada al mundo adulto, tienen una perdurabi-

lidad que las hace extrañamente felices en el recuerdo aunque no lo hayan sido especialmente; también este inaugurar la vida en común sabiendo que el otro está ahí para lo bueno y para lo malo. Es como si un mecanismo de defensa las archivara con una etiqueta positiva para que sirvan en el futuro cuando de verdad lleguen tiempos peores, y achaques y desgracias, y la muerte en la última curva del camino nos invite a subir en una limusina con los cristales ahumados que nos transportará a un más allá incierto. Caronte estará al volante, y al contrario que el anciano de la barca que boga con resignación y sabiduría, este de la limusina conducirá con encono para que la cola de los que esperan y la de aquellos que no saben que aguardan no se alarguen hasta el infinito.

Me reía con Aurora cuando decía para quitar hierro que gracias a que el mundo está hecho de una manera que detrás de un día viene otro, y aunque la premisa es aplicable a mil situaciones, para mí resultó fundamental. El olvido solo es posible si el plano temporal nos va llevando como a hojas que el viento del otoño arrastra, haciéndolas describir parábolas indescifrables matemáticamente que ejecutan con una liviandad portentosa.

El azar es necesidad, explicación y causa. Sin él estaríamos vendidos a un determinismo insoportable. La teoría del caos se inventó para justificar ese componente perverso de la existencia que nos impide gobernar el rumbo con un piloto automático.

En fin, que estábamos aún en ese punto en que la vida empieza a dar a cada uno un cometido con el que identificarse y con el que actuar. Uno de los momentos más

cruciales que contradictoriamente se asumen sin tiempo y casi sin reflexionar, pues la voráGINE arrastra y se corre el riesgo de mirar superficialmente a las personas y las cosas, confundiendo categorías, estableciendo falsas equivalencias.

Allá en Holanda, en La Haya, en nuestra época dorada, mis padres de buenas a primeras se convirtieron en desconocidos, en extraños que se ignoraban. El ambiente se cargó de partículas eléctricas, y las fotos que en los muebles reflejaban escenas típicas de familia feliz y ordenada dejaron de ser decorativas para erigirse en falsos testimonios. Creo que por muchos años que viva, y he vivido ya circunstancias penosas, la tristeza de esos días será insuperable. La inocencia de la niñez despegada de cuajo como quien quita un esparadrapo dando un tirón para que no duela, y duele menos pero se lleva la piel.

Fue algo parecido a lo que estaba a punto de suceder ahora que se encauzaba mi situación sentimental. Unas vísperas que desasosiegan, un tufillo que flota en el ambiente, un malestar inespecífico. Igual que entonces, cuando nuestra casa se convirtió en una pista de coches de choque, y hasta mi hermana y yo que éramos niñas empezamos a dar bandazos.

Aprendí que lo evidente puede ser un espejismo que inventemos para no sufrir o aplazar lo inevitable. Como esos oasis que surgen en mitad del desierto y que matan a quienes tratan de alcanzarlos.

Teresa y yo nos cansábamos de llamar a nuestros padres para el beso de despedida antes de dormir, para que nos esperasen a la salida de clase o fueran a vernos actuar

en el teatrillo de Papá Noel, o compartieran una velada de cine en el centro comercial algún sábado que otro. Renunciamos a los juegos en el parque, que tenían que ser arrancados con mil súplicas y cuando alguno de los dos accedía, la desgana y el hastío con que contestaban eran demoledores. Aprendimos a cerrarnos y nuestra familia se desmoronó.

Ellos eludieron responder a las preguntas que nosotras planteábamos como se plantean los niños el horror, sin tapujos, tocando hueso a la primera interrogación. Pero para eso sirve hacerse mayor. Se afilan las uñas y los colmillos, y una capa impermeable deja que resbale lo que molesta.

Ya en Madrid, mi madre se transformó en una desconocida a la que sorprendí cortando conversaciones telefónicas en cuanto percibía mi presencia. Me desagradaba su aptitud pero nada podía hacer. Era responsable de sus actos y conmigo no tenía que quedar ni bien ni mal. Si tenía un novio o una amistad inconfesable o un trabajo inmoral ¿qué? Yo no estaba para juzgar su vida. ¿Cómo podía negar lo que había dicho delante de mí, y más de una vez y de diez? No me dolían las llamadas sino que no se produjeran según ella.

Estúpida me llamaba y se inventaba disculpas peregrinas que después olvidaba, se contradecía y nos enzarzábamos en una discusión interminable que me dejaba para el arrastre. Era mi madre.

Nunca he entendido a la gente que miente y distorsiona las relaciones, se miente in extremis para salvar la vida o porque nos da la gana, pero si la evidencia cae so-

bre el mentiroso, mantener la farsa es humillante para quien tiene que asumirlo.

Desde que volvimos a Madrid las visitas a mi padre se espaciaron, y él nos mandaba los billetes de avión y nos iba a buscar al aeropuerto, pero en su casa las cosas no resultaban mejor, tenía la sensación de que alguien se iba a toda prisa dejando en el baño objetos que no eran suyos. Descubrí un relamido batín de seda con paramacios colgado tras la puerta del baño que él jamás se pondría. Le pregunté y desapareció por ensalmo.

Oficialmente ninguno de los dos volvió a vivir con nadie. Es lo que no entiendo. Una familia tan descastada y tanto remilgo a la hora de preservar una intimidad absurda, pues basta que se quiera ocultar una montaña para que se duplique su altura.

Adelanté mis planes de independizarme y me fui a un piso compartido a vivir con gente que no me importara. Éramos cinco y allí conocí a Nacho. Fue una de las etapas mejores de mi vida. Mi madre me pasaba una mensualidad que completaba con pequeñas traducciones para un despacho de abogados.

La felicidad tiene que ser algo que se aproxime a la libertad absoluta o no se hilará fino con la denominación. Pasó tan rápido este paréntesis que me quedé con la miel en los labios, con lo que me gustaba mi vida de estudiante desordenada, mía, y la cambié por un piso a dos que nos convirtió a Nacho y a mí en los adultos que queríamos ser a toda costa, como si eso fuese el sumun.

Lo veo, a posteriori. Entonces vivir juntos nos pareció la montaña sagrada a la que había que ir una vez en la

vida, pero quedó claro que una vez allí lo mejor sería la peregrinación. Los gastos ahora eran superiores y él tuvo que trabajar por horas en un laboratorio, y yo complementar las traducciones con otras para una agencia que acabaría cogiéndome fija. Que nos insertamos en el sistema. Que ni tiempo nos dio a salir del cascarón. Que entramos en ese nido que habíamos alquilado entusiasmados y se nos heló la sangre cuando la puerta se cerró suavemente a nuestras espaldas, y no porque él o yo no fuéramos de fiar.

Ahora, mirando atrás, me reafirmo en la creencia de que los nexos familiares y afectivos que componen el sólido entramado que nos sustenta, son una tela de araña que tejemos a lo largo de la vida, y tan sutil que cualquier tensión pone en juego la estabilidad de los lazos que tan finamente se entrelazan. Me propuse mantenerlos contra viento y marea alejándome para dominar la tentación de romperlos al comprobar que la situación me superaba.

A posteriori me alegro, pues no hubiera podido soportar una ruptura que vista a la luz de los años me habría reservado el amargo honor de juzgar a los demás con una dureza de la que me sentiría culpable y que no tendría vuelta atrás.